

PREGÓN DE SEMANA SANTA

Excmo. Sr. Obispo; Excmo. Sr. Alcalde; abades y miembros de la Junta Mayor; miembros de las Cofradías y Hermandades; hermanos y hermanas:

Sean las primeras palabras para expresar los dos sentimientos que, además de la sorpresa, afloraron en mí al recibir la invitación a pregonar la Semana Santa de León: gratitud y responsabilidad, y por este orden.

Gratitud, por la confianza y deferencia que esta encomienda supone, y no sólo a nivel personal. De alguna manera quiero ver reconocida en esta designación la importante función que los franciscanos hemos desempeñado en la animación de la Semana Santa leonesa, ya desde el s. XV, cuando en el Real Convento de San Francisco fue fundada e instituida la Cofradía de la Santa Vera Cruz, organizadora de la primera procesión penitencial de la Semana Santa leonesa, la de los disciplinantes, que tenía lugar durante la noche del Jueves Santo. En este momento, séame permitido un recuerdo emocionado para el P. Javier de Valladolid, tan vinculado a esta ciudad y a su Semana Santa.....

Y responsabilidad, porque se trata de una Semana Santa reconocida con importantes entorchados, a nivel nacional e internacional, y pregonada por primeras figuras de la vida leonesa en el campo eclesiástico, político, periodístico, artístico y cultural....

Sin embargo, no dudé en aceptar, por gratitud y responsabilidad para con León, una ciudad que he aprendido a sentir, a querer y a vivir, y a la que ahora, desde la distancia, siento como una referencia permanente.

En la realidad mi vinculación a León viene de lejos; cuando, con las inquietudes e ideales de la juventud, incorporado al Servicio Universitario del Trabajo (SUT), participé en la campaña organizada para la provincia de León (1967). Y fue en Tolibia de Abajo, a los pies del pico Bodón, bañado por las frías y cristalinas aguas del Curueño, donde tuve la oportunidad de experimentar la acogida y las peculiaridades de aquellas buenas gentes, para quienes todavía conservo, además de sus nombres, un recuerdo imborrable de gratitud y simpatía. Una experiencia personalmente enriquecedora, con un sabor agridulce. Las autoridades de entonces, hipersensibles al movimiento estudiantil, interpretaron algunas iniciativas como peligrosas y aceleraron el final de la campaña.

Después, con ocasión de cursar los estudios de Teología, pasé tres años en León (1968-1972). Quedan para mí, como recuerdos gratísimos de ese período, las actividades pastorales en la parroquia de San Francisco de la Vega (la trans-jordania, como familiarmente decíamos). También fue mi primer contacto con la Semana Santa leonesa, aunque muy superficial. Apenas recuerdo mi participación en la procesión del “Dainos” (aún a hombros de los jóvenes de Corbillos de la Sobrarriba) y del “Silencio”. Tampoco, he de reconocerlo, era yo muy dado a procesiones.

Mi tercer contacto con León ha sido el más prolongado. En este período (1968-2002), he tenido la oportunidad de entrar un poco más en el alma de León y de que León entrara un poco más en mi alma. Por eso, es para mí una experiencia emocionante esta oportunidad de pregonar su Semana Santa, a la que progresivamente me he ido convirtiendo, en la medida en que la he ido conociendo y viviendo desde dentro, procesionando sus pasos y como consiliario, desde su fundación, de la Cofradía penitencial del Santísimo Cristo de la Expiración y del Silencio. Han coincidido estos años con su crecimiento no exento de los problemas inherentes a ese proceso, que hoy quisiera creer, feliz y definitivamente superador. Pues, por encima de todo, la Semana Santa es – debe ser – punto de encuentro, de comunicación y fraternidad.

¿Y de qué hablar en un pregón de Semana Santa? Sin duda que el género literario “pregón” es un género abierto, pero nunca debe ser vacío. Ojeando la lista de pregoneros que me han precedido, no dudo que la Semana Santa ha sido ya competentemente anunciada y exaltada en sus rasgos más típicos e íntimos.

La geografía (esos itinerarios por el viejo León, de calles angostas y retorcidas, donde las imágenes de Cristo y de la Madre parecen asomarse a los balcones para aportar esperanza e iluminar el dolor y la soledad de enfermos y ancianos; donde se hace realidad la comunión física entre imagen y pueblo y donde se entrecruzan miradas que mueven el corazón hasta mover los labios con una fervorosa oración); la iconografía (con sus impresionantes tallas, desde el gótico de la Virgen del Camino, enseña y emblema de León pasando las renacentistas, los rostros apasionados de las imágenes barrocas, la grandiosidad de los conjuntos de Víctor de los Ríos, hasta las modernas expresiones de la imaginería religiosa española); las cofradías (mezcla fecundada de “históricas” y jóvenes, auténticas protagonistas de estos días; son ellas, las cofradías, quienes no sólo arriman sus hombros, sino que los unen y prestan sus pies, sincronizados, para que las imágenes realicen su paso evangelizador por las calles, y desde el anonimato de sus rostros cubiertos ceden el único protagonismo a los rostros de la Pasión); el tipismo gastronómico (el potaje, el matar judíos, la limonada, las obleas – las oleas -, el bacalao la tortilla de escabeche, la leche frita...) Todo esto ya ha sido pregonado. Y la Semana Santa leonesa es eso, y mucho más; es oración, silencio, emoción, música... La ciudad cambia su ritmo, para acompañarlo con el de las celebraciones litúrgicas y procesionales. No es que detenga el tiempo, sino que lo interioriza.

“Sevilla es Semana Santa con un largo prólogo”, me decía un sevillano. No sé si se podrá decir tanto de León, pero no cabe duda de que la Semana Santa leonesa no se reduce sólo a estos siete días. Ya se encargan de recordarlo las bandas con sus ensayos permanentes. Estos días son la “epifanía” de una pasión que ha ido madurando a lo largo de todo un año de ilusiones y preocupaciones.

Entonces, ¿de qué hablar en el pregón?

Me parece que nada más adecuado que hablar del protagonista: Jesucristo: el hombre de la pasión, que encarna la pasión por el hombre, y más en concreto: aclarar el por qué de todo lo que celebramos en estos días.

Cada vez es más urgente la vigilancia en la celebración popular de los misterios de la fe, para que ésta no sea distorsionada y conducida hacia zonas de ambigüedad e insignificancia religiosa, máxime en esta sociedad secularizada. Y esto es particularmente válido con la Semana Santa; donde consciente o inconscientemente se van desplazando acentos y difuminando aspectos fundamentales, al tiempo que se subrayan y absolutizan los tonos folklóricos, económicos y lúdicos de la misma.

Envueltos en la “cultura” del espectáculo – que hace del hombre más espectador que protagonista – nos vemos expuestos al peligro de considerar desde esta perspectiva la realidad de la obra de Dios en Cristo, que, ciertamente, fue espectacular por su hondura y verdad, pero no un espectáculo.

En estos días en que los templos abren sus puertas y las calles, mitad museos y mitad iglesias, se convierten en un espacio y exposición singular de arte y religiosidad, ¿cuántos nos detenemos a pensar que todo eso fue “por nosotros” y no porque sí?

Es verdad que no faltan quienes interpretan reductivamente la vida y muerte de Jesús, prescindiendo de esta referencia – por nosotros -. Puede que ésa sea una lectura “neutral”, pero , ciertamente no es una lectura “inspirada”. Porque, si es cierto que la muerte de Jesús tuvo unas motivaciones lógicas (su oposición a ciertos estamentos y planteamientos de la sociedad de su tiempo que se vieron amenazados por su

predicación y su comportamiento), también lo es, sobre todo, que no estuvo desprovista de motivaciones teológicas. El mismo Jesús temió esta tergiversación o reducción y avanzó una claves obligadas de lectura.

a) Jesús previó su muerte.

Es cierto que no vivió obsesionado por el tema, ni mucho menos asustado, pero ya, al poco tiempo de iniciar su ministerio, comenzó, como hoy gusta decir, a tener sensaciones peligrosas, de un final trágico. Los vaticinios de la Pasión dirigidos a sus discípulos (Mc 8,31-32;9,31;10,33-34 y par.), a pesar de las posibles reelaboraciones, apuntan en esa dirección. El evangelio de Juan también lo dejó entrever (11,8-16). Jesús previó no sólo su muerte sino la modalidad de la misma: en abierta oposición a las autoridades religiosas de su pueblo. Su muerte es una consecuencia de su vida, de su camino, de su opción radical por Dios y por los hombres. No murió en la cruz por casualidad, por una equivocación o un malentendido. Los poderes de su tiempo comprendieron, calibraron los riesgos de “la alternativa de Jesús”, y apostaron en sentido contrario. Jesús debía ser silenciado, porque su palabra no coincidía con las palabras religiosas de su tiempo; debía ser eliminado, porque su presencia desestabilizaba el “statu quo” convenido; debía morir, para que no murieran muchos. Esto Él lo previó.

b) Jesús asumió su muerte.

En diversos momentos los evangelios nos ofrecen testimonios de cómo Jesús asumió su muerte: con lucidez y libertad. Reprendió a Padre, cuando éste quiso interponerse en su camino (Mc 8,32-33); desechó los temores de los discípulos reacios a regresar a Judea, donde ya habían querido eliminarlo (Jn 11,9-10) y desatendió las recomendaciones de algunos fariseos, desafiando a Herodes (Lc 13,31-33). Jesús cómo en torno a él y como consecuencia de sus acciones y opciones, se iba estrechando el cerco, pero en modo alguno cambió de camino. No vino a provocar la muerte, pero tampoco a eludirla. Vino a dar testimonio de la Verdad, arrastrando sus consecuencias (Jn 18,37)

c) Jesús protagonizó su muerte.

Si no puede decirse que Jesús provocó su muerte (ésta la decidieron las autoridades judía y romana), sí puede afirmarse que la protagonizó. No fue a remolque de los hechos. En los anuncios de la Pasión se advierte ese protagonismo, y en los relatos de la Pasión, desde el prendimiento hasta la expiración, se destacan su lucidez y entereza. En el evangelio de San Juan se expresa explícitamente: “Nadie me quita la vida...” (10,18). Vivir la muerte, y no sufrir la muerte, fue la opción de Jesús. No quiso que le hurtaran ese momento con analgésicos (Mt 27,48): vivió y venció a la muerte. Y eso significa que a la muerte no hay que esperarla; hay que vivirla y vencerla cada día, limitando sus espacios y sembrando gérmenes de vida (cf. Jn 3.14).

d) Jesús interpretó su muerte.

Jesús no sólo murió sino que dio sentido a su muerte. En la tarde del Jueves Santo, en la institución de la Eucaristía, ya avanzó esa interpretación: cuerpo entregado (I Co 11.24), sangre derramada por muchos (Mc 14,24). Toda la existencia de Jesús fue pro existencial, a favor de, también su muerte. Junto a ese rasgo redentor, se añade otro, que subraya su condición de Hijo obediente al Padre. “El mundo debe saber que yo amo al Padre y que obro según Él me ha ordenado” (Jn 14,31).”Hágase tu voluntad” ora en Getsemaní (Mt 26,42) Pero ¿era la voluntad original del Padre la muerte –y ese tipo de muerte- de su hijo?

Tanto amó Dio al mundo que le entregó a su hijo (Jn 3,16). Ésa podemos decir que fue la voluntad original del Padre: entregar a su hijo en una donación amorosa (no necesariamente dolorosa). Pero los hombres, porque “prefirieron las tinieblas a la luz”

(Jn 3,19), configuraron esa entrega en forma de muerte violenta. De ahí que pueda decirse que hemos sido redimidos por el amor no por el dolor. El Hijo de Dios asumió la condición mortal al hacerse hombre, y los hombres por nuestro pecado introdujimos en ella la violencia.

El Padre aceptó ese tipo de existencia (vida y muerte) de su Hijo y lo resucitó, porque eso no podía quedar enterrado para siempre, proponiéndolo como modelo de existencia y descalificado cualquier otro modelo. Por eso la existencia de Jesús (vida y muerte) es salvadora.

Jesús previó su muerte, la asumió, la protagonizó y la interpretó para que no le arrancaran su sentido, para que no la instrumentalizaran ni la tergiversaran. Su muerte y su vida estuvieron indisolublemente unidas: un vivir y un morir para Dios y para los otros (cf. Rom 6,10-11; 14,8).

La Semana Santa, a través de su liturgia y de las manifestaciones de la religiosidad popular, debe contribuir a reconocer e interiorizar con gratitud el amor de Dios en nuestro favor manifestado en Cristo, y anunciarlo con responsabilidad, concretándolo en el amor fraterno.

Si nos desconectamos, o no nos sentimos afectados por su muerte y resurrección quedamos suspendidos en un vertiginoso vacío. Si no vivimos y no vibramos con la verdad más honda de la Semana Santa, las celebraciones de estos días podrán no superar la condición de un “pasacalles” piadoso.

Si, por el contrario, nos reconocemos destinatarios preferenciales de esa opción radical del amor, directamente afectados e implicados en ella, hallaremos la serenidad y la audacia suficientes para afrontar las alternativas de la vida con entidad e identidad cristianas.

La Semana Santa no puede ser sólo la evocación de la Pasión de Cristo; esto es importante, pero no es suficiente. La Semana Santa debe ser una provocación a renovar la pasión por Cristo. Implicarnos en ella, no sólo como destinatarios, sino como continuadores de la causa por la que Jesús sufrió la Pasión.

Celebrar la Pasión de Cristo no debe llevarnos solo a considerar hasta dónde nos amó Jesús, sino a preguntarnos hasta dónde lo amamos nosotros.

Hemos de dejar que nos salpique la sangre redentora de Cristo, pero hemos de estar dispuestos, si necesario fuera, a derramar la propia; hemos de acoger con gratitud la vida que Cristo nos entrega, y hemos de entregarle con generosidad nuestra vida.

Vienen a mi memoria los cálidos versos de “La Pedrada” del poeta del alma popular castellana, Gabriel y Galán, quien tras describir el paso “del Nazareno de la túnica morada / con la frente ensangrentada, / la mirada del Dios bueno / y la soga al cuello echada”

, y la reacción que suscitaba es su alma (“el pecado me tortura, / las entrañas se me anegan / en torrentes de amargura, / y las lágrimas me ciegan / y me hiere la ternura”), presenta la reacción espontánea del niño de la pedrada, y termina preguntándose:

“Hoy, que con los hombres voy
Viendo a Jesús padecer,
Interrogándome estoy:
¿Somos los hombres de hoy
Aquellos niños (hombres) de ayer?”

“¿A quién buscáis?” (Jn 18.4). Con esta pregunta salió Jesús al encuentro de quienes, provistos de linternas, antorchas y armas, iban a prenderlo en Getsemaní. Es la misma pregunta que nos formula a nosotros hoy. ¿A quién buscáis?....¿Buscamos a

Jesús Nazareno? Él es el hombre de la Pasión y quien mejor encarna la pasión por el hombre.

Jesús es el verdadero hombre, verdad que ha de subrayarse contra toda tendencia de deificación unilateral: Jesús fue plena e íntegramente hombre, sin reducción alguna y con todas sus consecuencias (pasibilidad, miedo, soledad, inseguridad, tentaciones, dudas, esperanzas....) “Y estas cosas no son una ficción, como algunos juzgaron. Nuestro Salvador fue verdaderamente hombre y de él ha conseguido la salvación el hombre entero” (S. Atanasio).

“Nacido de una mujer” (Gal 4,4); “apareciendo en su porte como un hombre cualquiera” (Filp 2,7), “probando en todo igual que nosotros, experto en el pecado” (Heb 4,15), creció “en edad, sabiduría y gracia” (Lc 2,52); “trabajó con manos de hombre, pensó con inteligencia de hombre, obró con voluntad de hombre, amó con corazón del hombre” (GS 22). Y, tras un camino bienhechor (Hech 10,38; Mc 7,37) y conflictivo (Jn 5,18) asumió con responsabilidad las consecuencias de su opción liberadora y reveladora (Mc 10,33-34).

Jesús fue verdadero hombre, pero no un mero hombre, sino el hombre verdadero. Y, como tal, ofreció a través de su predicación, comportamiento y destino, un modelo de humanidad que permite a todo el que se ajuste a él con la plena confianza descubrir y realizar el sentido de ser hombre. En cuanto confirmado por Dios, Jesús representa si el criterio último, seguro y permanente del ser hombre (cf GS 22). Jesús es original; y original no quiere decir extraño, sino quien está cerca del origen y de lo originario, y por su vida, palabras y obras lleva a todos los hombre. Jesús es original y, además, el original. Jesucristo es el paradigma del hombre auténtico: es el horizonte y la utopía humanos. Es nuestra tensión nuestra inspiración; pero, además, es el protagonista y el espacio de ese nuevo y definitivo perfil del hombre. “Porque El..., de los dos pueblos hizo uno..., para crear en si mismo, de los dos, un silo Hombre Nuevo” (Ef 2,14-15). Así lo formula el concilio Vaticano II: “Cree la Iglesia que Cristo, muerto y resucitado por todos, da al hombre su luz... para que pueda responder a su máxima vocación... igualmente cree que la clave, el centro y el fin de la historia se halla en su Señor.... Bajo la luz de Cristo...el Concilio habla a todos para esclarecer el misterio del hombre” (GS nº10).

“Hagamos al hombre” (Gn 1,26) fue la primera decisión solemne de Dios, su gran proyecto. Y para plasmarla se miró a sí mismo:” a nuestra imagen y semejanza” (Gn 1,26). Expresión aún no desentrañada satisfactoriamente, porque quizá ahí resida todo el “misterio” del hombre; expresión que, en todo caso, encierra una referencia ineludible del hombre a Dios, y una presencia y preferencia indestructible de Dios en y por el hombre.

A partir de ahí, Dios y el hombre son compañeros de camino. Y todo ese itinerario, desde el primer paseo por el jardín del Edén “al fresco de la tarde” (Gn 3,8), ha sido un acompañamiento humanizador no exento de dramatismo. Pues si el proyecto humano de Dios “era muy bueno” (Gn 1,31), la materia con que fue amasado (Gn 2,7) muy pronto mostró su fragilidad. La Biblia nos habla, casi a renglón seguido, de un profundo desencanto: el hombre produjo a Dios la sensación del fracaso. “Al ver el Señor que crecía en la tierra la maldad del hombre..., se arrepintió de haber creado al hombre” (Gn 6,6). Pero, inasequible al desaliento, Dios no cejó en su propósito, porque hacer al hombre y hacerle hombre es la gran tarea de la historia de la salvación.

El Nuevo Testamento hablará de Cristo, nuevo Adán (I Cor 15,45 ss); ahí descansa la obra humanizadora de Dios. Sólo ahí lograr ser “imagen de Dios invisible” (Col 1,15). Mientras tanto no hay reposo; todos los modelos son quebradizos, fragmentarios e imperfectos.

“De muchos modos maneras – también antropológicamente – habló Dios a nuestros padres por medio de los profetas; en estos últimos tiempos nos ha hablado en su Hijo” (Heb 1,1-2).

Hoy la exégesis no olvida, al considerar el texto de la creación del hombre, la perspectiva profético-escatológica del mismo. Allí ¿se cierra o se abre un proyecto? El Adán del Génesis y su circunstancia, ¿fueron una realidad o una profecía?

“Hagamos al hombre...”, así comienza la aventura. “Hagamos al hombre”, ahí descansa. El hombre no es una realidad estática y terminada. Llamado a trascenderse a sí mismo, se realiza en la sucesión de los tiempos. Entre los distintos momentos de su historia y su plenitud no hay rupturas sino continuidad, no exenta de tensiones. Es alguien llamado “al estado de hombre perfecto, a la madurez de la plenitud de Cristo” (Ef 4,13), “el Hombre Nuevo” (Ef 2,15). Sólo Cristo, “imagen de Dios invisible..., el primero de todo” (Col 11,15-18), el hombre realiza el proyecto original de ser imagen y semejanza de Dios.

El hombre alumbrado en Jesús

Sería pretencioso delinear en tan breve espacio una “antropología cristiana”; me limitaré a apuntar un rasgo encarnado y aportado en y por Jesús y que, asumido por el hombre en sintonía con el estilo y talante de Jesús, ayudarán sin duda a configurar aquí esos “cielos nuevos y tierra nueva” (II Pe 3,13), señales inequívocas del Reino.

Un hombre nuevo

Una de las acusaciones formales que dieron base al proceso judicial contra Jesús fue la de agitador de masa, la de soliviantador del pueblo (Lc 23,5) mediante enseñanza y unas actitudes del todo peculiares; dotadas de un talante de novedad y autoridad (Mc 1,17)

Novedad y autoridad que se interpretaban como un ataque a la enseñanza tradicional de los mayores, ofensiva para los privilegios de la raza (Lc 3,8; Jn 8), crítica frente a las instituciones del pueblo (Jn 2,13 ss; Mt 23,2); una enseñanza que, en definitiva, exigía un nuevo planteamiento de las relaciones interhumanas (Mt 5,43 ss) y del hombre con Dios (Jn 19,24), y una ruptura no con el pasado – Jesús plenifica y asume lo válido del pasado (Mt 5,17): fundamentalmente la esperanza – sino con lo pasado, con lo viejo (Mt 19,1 ss; Lc 16,16; Jn 1,7; Gal 3,23), de ahí la necesidad de crear en el hombre una nueva capacidad de escucha para que una estructura – institucional y personal – arcacia, fosilizada y podrida no neutralice el mensaje (Mt 9,17); para lo que será preciso un nuevo nacimiento (Jn 3), porque la novedad aportada y exigida por Jesús no es sólo una novedad en el tiempo (neos = reciente), sino una novedad cualitativa (Kainós = destino).

Con otras palabras, más importantes, S. Pablo comprende a Cristo como “el último Adán” (I Cor 15,49), como el futuro del hombre, el único capaz de asumir la tarea de originar, de generar de nuevo al hombre para una existencia auténtica (I Cor 15,22.44-49), asentada en la justicia y en la santidad verdaderas (Ef 4,24), recreando en su propia carne de judíos y paganos en un solo hombre nuevo (Ef 2,15). Desde entonces ya no cuentan los antecedentes – circuncisión o incircuncisión, signos y privilegios de una herencia religiosa – sino la criatura nueva (Gal 6,15).

El cristiano, unido a Aquel que tomó un cuerpo de carne (Col 1,22) ha muerto al pecado (Rom 8,10) por la incorporación a la muerte de Cristo en el bautismo (Rom 6,5 ss), de donde tiene origen el nuevo nacimiento (Tit 3,5) a una nueva dimensión existencial: “ser antiguo ha desaparecido, hay un ser nuevo” (II cor 5,17; Gal 6,15).

Esta presentación de Jesús como horizonte del hombre, como futuro del hombre, es una de las más fecundas y dinámicas, a la vez que aportadora de optimismo y creatividad. Frente a una comprensión del hombre como producto o resultado, Jesús

entiende al hombre como proyecto: el hombre no es tanto lo que es y lo que tiene cuanto lo que puede ser y esperar. Esta dimensión trascendente del hombre es, en su formulación más radical, el futuro del hombre y, en su realidad más honda, la da Dios. Por eso el hombre que se sitúa de espaldas a Dios, acaba situándose de espaldas al hombre.

Jesús, pues, sitúa al hombre ante el futuro; le garantiza su presencia, pero no le releva de compromiso de configurarlo personalmente.

El nuevo hombre revelado en Jesús y por Jesús es, ante todo, un ser abierto a la esperanza, siempre estará en camino. Un ser cuyas capacidades superan lo tangible; un ser que se resiste a ser consumidor, productor o luchador; un ser que no se resigna a perdurar sino a existir en plenitud. El proyecto humano relevado y encarnado en Jesús difiere cualitativamente de los dos modelos considerados en su tiempo como “canónicos”; de ahí da exigencia: “a vino nuevo, odres nuevos” (Mc 2,22). Jesús trae esa posibilidad inaudita: no se trata de más vino del mismo vino, sino de “otro” vino, “el mejor” (Jn 2,10), extraído de su propia Vid (Jn 15,1).

Su tarea consistió en propiciar, alimentar y evocar una conciencia de la realidad, y en particular de la realidad del hombre, alternativas a las del entorno cultural-religioso dominante. Y, en parte, ese fue también su legado (Jn 13,15). Tarea nada fácil, ya que la cultura dominante en nuestro momento es enormemente acrítica, incapaz de soportar un cuestionamiento serio y profundo, por lo que intentará impedirlo a toda costa, y, además, la cultura actual dominante es una cultura fatigada, incapacitada para ser verdaderamente dinamizada en orden a ese proyecto ilusionante y alternativo de Dios y encarnado en Jesús.

A modo de conclusión

“Corramos con constancia en la competición que se nos presenta, fijos los ojos en el pionero de la fe, Jesús” (Hb 12,1-2).

El cristiano nunca debe perder de vista a Jesucristo como referencia primordial de la vida, so pena de despistarse, adentrándose por caminos equivocados y estériles: caminos que no conducen a “ninguna parte”.

¡No perderle de vista! Y esto significa reconocerle como “memoria dinámica y dinamizadora”, descubrirle como inspirador permanente de las opciones concretas del hombre.

A esto, amigos y hermanos, nos convoca la Semana Santa. Una historia real, vivida por Dios en Jesús de Nazaret. Un drama divino-humano. Una teofanía misteriosa, contradictoria, invertida: el Altísimo, desde abajo; el Santo, desde el pecado; el Creador y Autor de la vida, desde la muerte; el Omnipotente, desde la impotencia... Dios, desde el hombre. Por eso, bien considerada, esta historia es sorprendente, chocante y, para no pocos, imposible, molesta y hasta heterodoxa. ¡Así de sorprendente es el amor infinito de Dios! ¡Muchas gracias!